

*Manuel Antonio Quirós R.*  
Universidad de Costa Rica

**LATIN CULTO Y LATIN VULGAR  
VISTOS DESDE OTRA PERSPECTIVA**

**LETRAS 15-16-17 (1987)**



## 1. Introducción: finalidad de la ponencia

- a) Analizar, indirectamente, distintas clases de latín a la luz de las similitudes y diferencias de las lenguas modernas.
- b) Presentar las funciones y medios de adquisición del lenguaje escrito y del oral.
- c) Ótorgarle a la expresión literaria el “estilo” debido, para que se destaque por su función artística, “extrañezas idiomáticas” connotaciones, cultismos, sinónimos y otros aspectos.
- ch) Inculcar la importante idea de no aplicarles a la lengua escrita y a la literaria los mismos cánones idiomáticos por los que se rige la lengua oral, y viceversa, pues cada una posee de un registro propio.

## 2. Similitudes generales entre la lengua escrita y la oral

La mayor semejanza entre la lengua escrita y la oral estriba en tres aspectos: la procedencia: ambas son afluentes de un mismo río; y la filialidad: el proceso comunicativo entre los habitantes de este planeta, por la interpretación de señales como parte de un código o sistema que permiten comprenderlas; las dos poseen convergencias manifestadas en influencias y préstamos mutuos: así, el latín vulgar nunca se separó, en modo absoluto, del escrito; convertido en romance se desarrolló paralelamente con el latín medieval; luego, un determinado dialecto se constituyó en forma escrita, más tarde literaria, y de nuevo se marca una reciprocidad, aún existente entre la expresión escrita y la oral. Finalmente, la estructura fónica de la lengua escrita es leída según la fonética de la lengua oral.

### 3. **Diferencias generales entre la lengua escrita, incluida la literaria, y la oral**

Las diferencias entre la lengua escrita y la oral son cronológicas geográficas, sociales, culturales y estilísticas. ¡Nadie habla como escribe ni escribe como habla! . . .

En su origen, la lengua oral es anterior a la escrita, y en cierto sentido, ésta es producto de aquella: un determinado dialecto, en cierto momento de su evolución, es sometido a un proceso “depurativo”; entonces se forma una lengua, se incrusta en una cápsula y es custodiada por sus sacerdotes: gramáticos normativos, literatos, eruditos y por instituciones escolares y académicas.

La lengua escrita es, consiguientemente, un fenómeno artificial; la oral es espontánea y su imposición político-cultural es casual: el latín, el castellano y el español americano son imposiciones fortuitas, gracias a las conquistas militares y políticas de sus respectivos impugnadores: los romanos, los castellanos y los españoles.

Tanto una como otra poseen, en muchos casos, una notable diferenciación semántica, pues para que exista variedad léxica, es imprescindible que la lengua escrita emplee sinónimos; en la oral, casi siempre, se emplea un reducido número de palabras; otrosí la primera usa letras; la segunda, sonidos, por lo que en aquélla el mensaje es visual; en ésta, auditivo.

La una es relativamente unitaria, estática y universal, si cabe este adjetivo; la otra está sometida, en mayor escala a toda clase de influencias: préstamos, regionalismos (variedades diatópicas), peculiaridades procedentes de los diferentes estratos sociales (variedades diastráticas). . . por lo cual, la lengua oral es más libre, espontánea y natural, aunque la literaria por el estilo y la genialidad del escritor puede obtener movilidad.

A la complejidad de la expresión escrita, principalmente literaria, se opone la facilidad con que uno se expresa oralmente; por eso es más fácil hablar que escribir. La lengua oral es cambiante, según la “moda”. . . La escrita y la literaria requieren ponderación y cuidado en el manejo; están planificadas según normas sancionadas aunque tardíamente, por corporaciones de cultura y letrados, aunque el código lingüístico permita un abanico de movilidad y flexibilidad inherente al sistema.

La lengua oral recurre a distintos medios auxiliares y ambientales a los que no puede echar mano la lengua escrita: el mundo circundante, la presencia del interlocutor, gestos, expresiones del rostro, tono intencional, énfasis, repeticiones, explicaciones, modulaciones tonales, simples miradas. . . ¡hasta el mismo silencio habla!

En el momento de expresarse por escrito, uno se topa con un simple papel blanco, una máquina de escribir o un sofisticado aparato electrónico: ¡toda una despersonalización sin sensibilidad alguna! ¡Uno no sabe quién, cuándo ni cómo será leído! Y de serlo, se ignora si será comprendido o si la intención del escritor será mal interpretada y hasta distorsionada. ¡Qué peligros entraña la interpretación de un texto médico, económico, jurídico, científico! . . . ¡Y qué demagogia podría encontrar un político en el idioma! . . ., pues lo escrito ha quedado plasmado en forma externa: fría, estática y mecánicamente. . .

Normalmente, cualquier persona está en condiciones de usar la lengua oral, para cuyo empleo no se requieren estudios: se nace con ella; es desarrollada en el regazo materno y es fomentada, recíproca y espontáneamente, en el núcleo familiar y en el círculo de amigos y compañeros de estudio o de trabajo.

Por el contrario, la adquisición, aunque en grado mediocre, de la lengua escrita, involucra un tirocinio escolar y académico, no siempre de grata memoria, según los cánones de la gramática (¡no cabe más!). Por ende, su aprendizaje presupone la interacción de profesor-alumno, con el consiguiente estudio, análisis, ordenamiento lógico y formalidad. . .; y esto no tendría sentido alguno sin práctica constante y lectura lenta, cuidadosa y reflexiva de los mejores escritores, modelos de estilo dignos de imitación. Maestros, padres de familia, instituciones escolares y culturales, gramáticas, diccionarios, lecturas óptimas, ejercicios: ¡he aquí toda una intelectualización disciplinada de que ha de conducir, necesariamente, el afinamiento idiomático! . . .

Desde la perspectiva social, el papel esencial de la lengua escrita se centra en ser el vínculo y vehículo cultural, de mayor relieve, de determinada comunidad; de este modo, involucra una etnia o una nacionalidad; por lo cual, su entidad simbólica es portadora de cultura: prestigio como medio educativo, religioso, artístico, científico, jurídico, administrativo, político y de los medios de comunicación colectiva. La preservación y continuidad del contenido histórico-cultural, el código, posee su sustento en la gramática.

La lengua escrita, pulida en grado extremo, sirve para la estética literaria. Consiguientemente, muchos tratan de mantenerla “limpia y pulida” y luchan contra sus transformaciones rápidas y abruptas, producto de la ignorancia, el descuido y la aceptación indiscriminada de toda clase de extranjerismos. La mayor parte de sus usuarios manifiestan gran satisfacción y orgullo en emplearla bien, y juzgan su cultura personal según la capacidad en hacerlo.

#### 4. Conclusión parcial

De seguro que el latín vulgar se diferenció del latín culto por las consideraciones expuestas. Su variabilidad y movilidad estuvieron inherentes a los mismos

usuarios; a saber: a su grado de educación y cultura; época y lugar de penetración en el imperio; sitios en que se empleó; contactos y relaciones con los sustratos y con el mismo latín culto. Lengua esencialmente evolutiva, el latín vulgar tuvo su cauce normal en las variedades romances.

Sin duda alguna, desprovista del freno benéfico de la lengua escrita, la popular habría gozado de menor unidad y homogeneidad. Por su parte, el *sermo vulgaris* contribuyó a que el *perpolitus* fuera más flexible y se apoyara, al menos en su origen, en la lengua del pueblo; de lo contrario, habría resultado un producto lingüístico artificial: sin fundamento en lo real.

Fue el latín vulgar, lengua oral, un instrumento de diversificación; el clásico, lengua escrita, un instrumento de unificación.

##### 5. Breve ensayo diferencial del latín escrito: el clásico y el culto

En términos generales, considero latín clásico el de propósitos literarios; el culto, el de otros fines, excepto lo oral.

La lengua literaria, principalmente, en función poética, constituye lo máximo de la creación idiomática. En ella, la forma y la estética, según algunos, constituye un fin en sí: “Ars pro arte” (la belleza por la belleza).

La forma, la estética y la función artística tratan de llamar la atención mediante la elaboración de “extrañezas” y “artificios literarios”.

Para cumplir su cometido y diferenciarse voluntariamente de cualquier otro escrito, la lengua literaria hace gala de complejos medios expresivos del idioma en uso; aunque no siempre poética, sí es estética, pues se reviste de una amplia gama de riqueza léxica y semántica mediante el empleo de vocablos exclusivos, extrañadores y poco comunes. Las palabras son armoniosas y rítmicas y están provistas de compatibilidad semántica para que el sentido quede claro y exacto, no distorsionado, para lo cual serán muy escogidas y sopesadas. La adjetivación estará dotada de un colorido expresivo, a fin de describir pictóricamente el asunto. Los verbos se regirán por la *consecutio temporum* (concordancia de los tiempos verbales) y haya orden temporal en las acciones; podrán ser empleadas recta como desplazadamente. Para que el estilo no resulte seco, se usarán, en forma moderada, las partículas invariables.

En la lengua literaria, el pensamiento debe mostrarse claro, conciso; con vigor y relieve. El ordenamiento de las ideas se regirá según un plan determinado, para que por la disposición lógica, en una íntima unidad de las partes entre sí y con el todo, resulten párrafos equilibrados en donde haya armonía entre la *inventio*, *dispositio* y *eloquutio*: entre fondo, forma y tipo de lenguaje.

Las palabras, frases, oraciones, cláusulas, períodos y párrafos se concatenarán en un movimiento continuo y natural entre unidad y variedad. La parataxis y la hipotaxis tendrán un juego sopesado, y reinará una adecuada combinación de los estilos directo, indirecto, indirecto libre, nominal y verbal y de las distintas ordenaciones: lógica, invertida, rítmica e impulsiva.

La personalidad del autor se hará patente en la selección de detalles y en el interés y animación del relato. Su originalidad e imaginación dotarán su escrito de connotaciones, figuras de palabras (tropos), figuras retóricas, figuras fónicas, figuras sintácticas; de un empleo juicioso de figuras de pensamiento y de comparaciones, símiles, metáforas, imágenes y metonimias, sin ser excesivas, rebuscadas ni pretensiosas, pues la máxima que debe reinar es la prudencia.

La lengua literaria debe evitar tópicos, digresiones, exageraciones, redundancias, circumloquios y períodos amplios, ampulosos, aburridos y llenos de palabrería hueca; debe evitar la inflación expresiva y las palabras *fac totum*. A lo anterior se contraponen la elegancia, la finura, la justeza, la rectitud, la sobriedad, la propiedad, la vivacidad y la variedad.

Uno no se imagina una obra literaria sin observancia de las reglas gramaticales, sin ortografía, sin puntuación. Esta será dictada por la lógica y el sentimiento personal del autor.

Casi nunca se puede improvisar un buen estilo literario; por consiguiente, el escritor desprovisto de genio y de “inspiración divina” debe emplear un método racional de estudio y reflexión para que se alimente su intuición e imaginación, sin las cuales no hay creación posible y los alimentará con buenas lecturas y observación.

La corrección y el repaso son esenciales para acabar de ordenar las ideas y para encontrar la unidad entre las partes.

El escritor debe atenerse a las reglas del género literario por emplear: narración, descripción, argumentación, disertación, retrato, pintura de caracteres, novela, cuento, poesía, ensayo: cada uno con su debido contraste y sus respectivos procedimientos estilísticos.

Sólo con un buen estilo; con un estilo bello, pulido y llamativo; libre, original, coherente, imaginativo y connotativo, el medio idiomático traspasará las generaciones. ¡He aquí uno de los secretos del Quijote! . . .

Le corresponde al escritor de literatura poner en juego recursos imaginativos y aptitudes idiomáticas en el acto creador: su estilo sugerirá intenciones, silencios, énfasis. . . ; sus intenciones y deseos deben expresarse de manera a no ser

distorsionados por el lector. Su estilo fluirá e influirá. . .

La creación literaria de gran mérito perdurará en el transcurso de la historia, aunque la finalidad no sea inmediata, práctica, inclusive, al autor no le interese satisfacer una meta inmediata. . . El papel en manos de Cervantes recobra vida. . . por eso le habla al hombre de siempre. . .

Las lenguas culta, literaria y poética, en contraste con la oral, deben estructurarse de modo que su código lingüístico quede bien organizado en los distintos elementos, de conformidad con un plan bien estructurado y trazado, en un *continuum* lógico y coherente de palabras, frases y oraciones entrelazadas en modo armónico y con semántica exacta.

Precisamente, por no diferenciarse la dicotomía existente entre la oral y la escrita, ante todo, la literaria, es bastante común oír a la gente enjuiciar estas dos bajo la misma perspectiva con que enjuician la primera: ¡ignoran que cada cual posee su propio registro idiomático, sin tomar en consideración el proceso intelectual propio de la lengua escrita y literaria, basado en la gramática normativa! Esta fue suave, gradual e inconscientemente inculcada en la mente por nuestros primeros maestros de letras desde que nos sentábamos atentos y con miedo en los banquillos escolares.

¡Pareciera que casi nadie desea vérselas con la gramática, y hasta muchos métodos “modernos” de aprendizaje de lenguas extranjeras preconizan ignorarla! Mas la gramática está presente desde el momento en que se comienza a trazar las primeras letras del alfabeto; se enseña el uso de la coma, el acento de las esdrújulas, la diferencia entre un sustantivo, un adjetivo, un verbo. . . ¡La escritura supone la gramática! La persona más ruda, al redactar un escrito, se propone emplear la lengua culta según sus escasos conocimientos gramaticales. . .

Para que el papel o el texto recobren vida, le hablen al hombre, el escritor literario debe pulir su medio expresivo: el idioma, de lo cual se encargarán sus conocimientos y su estilo. Este será personal, sincero, claro, conciso, emotivo y lógico y suplirá algunas deficiencias. . .

## Conclusiones

- a) Se debe conocer y practicar la dicotomía existente entre la lengua oral y la lengua escrita.
- b) El empleo de la lengua escrita se adquiere en las instituciones escolares; por lo tanto, su estudio será tradicional y conservador y de acuerdo con los preceptos de la gramática normativa.

- c) Con todo, ésta no debe desbordarse en ampulosidad ni artificiosidad por una reglamentación severa y una búsqueda estéril de sí misma.
- ch) A la mayoría de la gente le resulta mucho más fácil hablar que escribir; por consiguiente, los cursos gramaticales deben ser sabiamente completados por lecciones y ejercicios varios de redacción, composición, y estilo.
- d) Este debe ser alimentado por óptimas lecturas, mucha reflexión y por la intuición e imaginación.